

UN SIGNIFICATIVO INCIDENTE SOVIETICO-GUINEANO

El 2 de octubre de 1958 marca una fecha destacada en la historia contemporánea de Africa. Fué el momento en que, bajo el mando de Seku Ture —«Silly» (elefante)—Guinea se constituyó como República independiente. Se trataba de una conquista incruenta en los anales de «dos pueblos oprimidos bajo el yugo del imperialismo». La potencia «colonialista» concedía espontáneamente la libertad a un pueblo que, por el simple procedimiento de un referéndum, demostraba su deseo de soberanía. «Cuando el general De Gaulle volvió al poder en Francia y planeó establecer unos nuevos vínculos entre Francia y sus territorios de Ultramar, posiblemente reconoció que un día esas colonias se encaminarían hacia la soberanía y la independencia. Pero claramente esperó que durante algunos años constituirían como una gran familia bajo el mismo techo, permaneciendo todos dominados por la apacible influencia de la madre patria. Sólo Guinea, entre los países afectados por esta vinculación, eligió la independencia inmediata y se emancipó de la influencia familiar»¹. Esta decisión representaba un abierto desafío a los estudiados planes de la metrópoli conducentes a una sistemática y gradual evolución política de sus territorios africanos.

El resultado del referéndum en Guinea podía significar, para los otros territorios africanos—ya desvelados por el ejemplo de Ghana—una invitación a la evicción global. Guinea podía ser el fermento acelerador en la pausada evolución hacia la independencia de los países de la Comunidad francesa. A modo de advertencia ejemplar se imponía una radical medida, que vino dada bajo la forma de una completa y total ruptura, especialmente en lo que suponía de ayuda financiera y técnica necesaria para la supervivencia del flamante Estado.

El consejo que había dado Seku Ture a sus fieles compatriotas de que

¹ John Hughes, *The New Face of Africa*. New York, 1961, pág. 38.

votasen «no» al referéndum había sido seguido escrupulosamente. El 94,5 por 100 de los votos lo atestiguaban. Pero la contestación francesa a ese gesto, ambicioso y no realista, supuso la condena de Guinea a la pobreza y el extremismo político. La retirada de los técnicos franceses situados en puestos clave provocaba el colapso de la máquina administrativa. Los problemas financieros eran gravísimos. Guinea descubría que la independencia sólo puede ser real y efectiva cuando reposa sobre unas masas instruídas y evolucionadas capaces de suplir al colonizador que se ausenta. La ruptura brusca con la metrópoli de la que depende—cuando no se han adoptado las medidas necesarias para contar con los imprescindibles cuadros de mando—, supone el caos y la forzosa dependencia de otra metrópoli que, bajo ostentosas protestas de amistad, persigue el objetivo de reemplazar a la primitiva metrópoli. Es uno de los casos del «neocolonialismo». Moscú y los otros países soviéticos fueron los primeros en reconocer la República de Guinea. Sus diplomáticos volaron rápidamente a Conakry. Los franceses pertenecientes al partido comunista fueron los únicos que permanecieron en sus puestos bajo la nueva administración de Seku Ture. Se multiplicaron las misiones del Este, que bajo el pretexto de negociar ayuda a Guinea, sentaban los jalones de una invasión en masa de «técnicos» de su órbita. Las primeras misiones procedían de Alemania oriental, Polonia y Bulgaria. También los Estados Unidos, fieles a su principio de, no por reiteradamente fracasado dado al olvido, hacer acto de presencia en todo país recién independizado, envió con presteza un encargado de Negocios, para hacer competencia a los países comunistas que ofrecían generosamente cultura, comercio, ayuda y armas.

Seku Ture aceptaba, complacido, todas estas muestras de amistad que se prodigaban a su pueblo, de tan escasa significación hasta el momento. Con dinámico entusiasmo se trasladaba al exterior para recibir el homenaje que, sucesivamente, le tributaron la Casa Blanca, Buckingham Palace y el Kremlin.

Pero, como siempre que existe competencia en los países subdesarrollados, el Este consiguió imponer su predominio. En poco tiempo Guinea había firmado acuerdos por los cuales el 60 por 100 de sus exportaciones agrícolas se enviaban a la U. R. S. S., Alemania oriental, Polonia y Checoslovaquia. Más tarde Hungría y la China Popular completaron la lista.

La penetración comunista en Guinea se afirmó con la concesión en 1958 de un préstamo de la U. R. S. S. a largo plazo, equivalente a 40 millones de dólares, y, más tarde, otro de Pekín de 25 millones de dólares. Checoslovaquia suministró el armamento para su ejército, zapatos, cemento y el entre-

namiento de la policía y el ejército. Alemania oriental le vende harina y monta imprentas y estaciones de radio. Hungría le proporciona vehículos automóviles y entrena su equipo de fútbol, etc. Los técnicos de países soviéticos ocupan los puestos clave: un checo dirige el Departamento de Minas, la agricultura está dirigida por técnicos chinos enviados por Pekín para planificar el cultivo del arroz especialmente; técnicos rusos dirigen el aeropuerto de Conakry, construyen la presa en el río Fie y han reorganizado los ferrocarriles, y expertos checos planearon la reforma monetaria, cuyo primer objetivo sería aislar a Guinea del resto de Africa y de las zonas monetarias occidentales.

De tal forma Guinea había llegado a constituir una auténtica cabeza de puente para la penetración ideológica y política del comunismo en el continente africano. «Entre los países que aceptan el principio de una ayuda está Guinea, que se lanza directamente a los brazos de la U. R. S. S., porque Seku Ture y sus émulos lo han decidido, con el objeto de transformarla en una República Popular del tipo de Hungría o Bulgaria. Así la marxistización del país y el adoctrinamiento de la juventud está muy avanzado. Ningún africano puede esperar comprar arroz para alimentarse si no tiene el carnet del partido comunista»². Los que se oponen a esta política son rápidamente postergados. El siguiente ejemplo ilustra bien sobre los procedimientos empleados: Seku Ture ordena una huelga, pero los africanos que trabajan en una fábrica dirigida por europeos rehusan seguir la orden. El primer ministro guineano les advierte: «Si no vais a la huelga, enviaré un comando para violar a vuestras mujeres y destruir vuestras casas»... Los trabajadores tuvieron que ir a la huelga, porque saben perfectamente que Seku Ture hará lo que dice y que su aldea será arrasada.

En febrero de 1961 el Gobierno de Conakry había nacionalizado la Compañía de energía eléctrica y los técnicos franceses que trabajaban en la red de electricidad recibieron orden de abandonar el país en el plazo de dos horas, bloqueando su dinero y siendo sustituidos por técnicos rusos y checos. Mediante su acción personal y la ayuda de consejeros de los países del Este, Seku Ture ha transformado Guinea en un país socialista. Según sus propias palabras, ha «adoptado el marxismo en los límites en que es válido para Africa». Ha «sustituido la lucha anticolonial por la lucha de clases». De tal forma, Guinea se ha desarrollado conforme a los modelos de los Estados de la Europa oriental.

² François d'Harcourt, *L'Afrique à l'heure H.* París, 1960, pág. 303. Se refiere al carnet del Partido Democrático, que es esencialmente comunista.

Paralelamente, siguiendo las puras directrices stalinistas, ha impuesto su poder personal, limitando los ascensos en el partido y en el ejército hasta el punto de que no existe un solo general. Su autoridad no puede quedar amenazada por ningún lugarteniente ni coalición de ministros. El Partido Democrático, que controla totalmente y es partido único en el país, ha establecido 4.000 comités locales, es decir, uno por cada 625 habitantes. Esta es la «dictadura del pueblo» tal como la entiende Seku Ture. Pero que no debe agradar mucho a sus defraudados seguidores—que al votar la independencia creyeron haber advenido a un auténtico régimen de libertad—, puesto que apenas obtenida la independencia el descontento de las masas se demostró claramente. En el Congreso de Kankan el Comité Nacional y el Gobierno tuvieron que afrontar una seria oposición. Se reprochaba a los mandos reservar todas las realizaciones para la capital y olvidar el campo. Las críticas fueron tan severas que Seku Ture aceptó introducir modificaciones en el plan previsto. No obstante, el descontento no disminuyó.

Para cortar toda oposición se anunció el descubrimiento de un complot, deteniéndose a unas veinte personas, entre ellas el libanés Chaoul y el inspector del Trabajo, Dialle Ibrahima. A consecuencia de la huída de dos franceses fué también detenido el farmacéutico Rossignol. Los detenidos fueron internados en el campo militar Yaya, donde fueron torturados. La dureza de las represiones ha aumentado a medida que se manifestaba mayor descontento. Seku Ture es un fanático de la violencia, que no duda en ordenar las medidas más severas. El lo ha reconocido expresamente: «Si los intereses del pueblo requieren que 1.000 o 2.000 personas deben ser ejecutadas, las ordenaría sin titubear para permitir a las masas vivir en la felicidad, el honor y la dignidad.» Esta felicidad ha consistido, para el sufrido pueblo de Guinea, en el trabajo forzado, en la agricultura o las minas, bajo el mando de técnicos chinos o soviéticos. Es el «trabajo colectivo» que Ture ha descrito con elogio y que es totalmente opuesto al derecho de los ciudadanos de «libertad sindical y derecho de huelga» que les reconoce la Constitución³.

Esa intensa acción sovietizante de Guinea ha sido acompañada de una acción exterior sumamente beneficiosa para los propósitos de agitación política en el continente africano. En este terreno debemos situar las violentas campañas de Seku Ture para tratar de desprestigiar a los países anticomunistas, como la desencadenada contra la Costa de Marfil, cuyo jefe, el gran

³ Artículo 44 de la Constitución de la República de Guinea (Ley núm. 4/AN/58, de 10 de noviembre de 1958).

estadista Félix Hauphouet-Boigny, fué calificado de «cipayo de Francia» por el líder guineano, provocándose una grave tensión, que motivó la presencia, en enero de 1960, de grandes contingentes armados en la frontera común. O la acusación al Senegal de «ayudar al imperialismo francés en su monstruoso complot contra la República de Guinea» (1 de enero de 1961).

La otra vertiente en que ha centrado su política exterior Guinea ha sido el de buscar la unidad africana. Seku Ture ha propugnado siempre la unidad entre los países africanos. «Nosotros, los líderes nacionales de la República de Guinea, preferiríamos ser los últimos en una Africa unida que los primeros en una Africa dividida⁴. Y considera que el mejor medio de lograrla es realizar la unidad sindical. Organizó el Congreso de Conakry con el objetivo de reunir una Conferencia Sindical panafricana que la promoviese. El mismo, como secretario general de la U. G. T. A. N., de inspiración marxista, ha desarrollado una amplia labor en tal sentido. En esa trayectoria encaja también su cooperación con Ghana. La «Unión Ghana-Guinea», definida en Accra el 23 de noviembre de 1958, aunque precaria y sin valor político práctico, expresa esa vocación. Ambas actividades, en palabras de Seku Ture, deben conducir a la «construcción de una patria africana socialista», fundada en la «civilización del trabajo, justicia y solidaridad».

Tan importantes contribuciones a la causa soviética han sido debidamente recompensadas por la U. R. S. S. Aparte de la ayuda financiera y técnica que ha permitido la subsistencia del régimen, ha colmado de atenciones a Seku Ture en sus viajes a Moscú y otras capitales satélites; como pública demostración del aprecio del Kremlin, el 11 de febrero del pasado año llegaba a Conakry el presidente del Presidium del Soviet Supremo de la U. R. S. S., Leonid Breznev. En tal ocasión se entregó a Breznev la Cruz de Compañero de la Independencia Guineana, «como símbolo de la amistad sincera que une a los pueblos de Guinea y la Unión Soviética», y en el acto de imposición Seku Ture declaró en su discurso: «Hemos elegido entre las fuerzas de explotación y de opresión caracterizadas por el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo y las fuerzas socialistas.»

La luna de miel ruso-guineana llegaba a su más alto grado. El 10 de agosto del pasado año, cuando llegaba a Conakry el presidente del Comité Internacional del Premio Lenin, D. D. Skobeltsyn, para hacer entrega personal a Seku Ture del segundo premio Lenin de la paz, con el que fué galardonado el presidente de Guinea. Tan extraordinaria distinción expresa eloquentemente el valor de los servicios prestados por el presidente guineano.

⁴ Sekú Ture, *Africa's Destiny in «Africa Speaks»*. Princeton, 1961, pág. 44.

Para acrecentar sus méritos, Seku Ture ordenó la nacionalización de todas las escuelas, buscando extirpar el espíritu cristiano de su pueblo, y el 27 de agosto fué expulsado el arzobispo de Guinea—monseñor Milleville—por haber publicado una carta pastoral protestando contra la nacionalización de la enseñanza. La policía se presentó en el Arzobispado de Conakry y condujo al prelado hasta el avión que en aquel momento salía para Dakar. En Dakar, en una declaración a la prensa, a su llegada, el arzobispo dijo: «He sido expulsado bajo la acusación de haber protestado contra ciertas conclusiones de la conferencia nacional del partido democrático de Guinea concernientes a la Iglesia, especialmente contra la Iglesia, especialmente contra la nacionalización de todas las escuelas, misiones y, sobre todo, contra el proyecto de imponer un carácter nacional a todas las organizaciones religiosas de la República de Guinea. Responsable de una Iglesia que quiere ser africana con los africanos y, en particular, guineana con los guineanos, no puedo admitir que pierda su carácter católico, por consiguiente, supranacional. Sin haber sido recibido y sin poder dar explicaciones al presidente de la República ni a ninguno de sus ministros, fuí invitado por los servicios de Seguridad Nacional a dirigirme al aeropuerto para salir del territorio. Como me negara a hacerlo sin la aprobación del Supremo Pontífice, fuí detenido a las cinco y media de la tarde y conducido al avión.»

Tratando de justificar esa expulsión, que suscitó amplio disgusto en el país, Seku Ture declaró en un mitin en Conakry, el 28 de agosto, que «ninguna jerarquía de la Iglesia Católica será acreditada en Guinea si no es africana». Afirmó su respeto a todas las religiones y añadió que la decisión adoptada contra el arzobispo «sólo afectaba al hombre que ha atacado las decisiones del pueblo, y no a la Iglesia Católica».

El 2 de octubre (de 1961) el presidente del Presidium del Soviet Supremo de la U. R. S. S., Leonid Breznev, y el jefe del Gobierno soviético, Nikita Jruschov, felicitaban muy cordialmente, en nombre del pueblo soviético, al pueblo de Guinea con ocasión del día de la independencia, fiesta nacional de la República de Guinea. En el telegrama, ambos dirigentes expresaban su firme convencimiento de que las relaciones de amistad y cooperación entre los dos países continuarían desarrollándose con cierto éxito para el bien de los dos pueblos y en aras de la paz general. Se elogiaban los esfuerzos de la República de Guinea, encaminados a conservar y fortalecer la paz y desarrollar la colaboración amistosa entre todos los pueblos, su gran aportación a la lucha antiimperialista y anticolonial de los pueblos africanos por su emancipación nacional y su desarrollo independiente.

Simultáneamente, ese mismo día, 2 de octubre, se celebraba en la Embajada de Guinea en Moscú un solemne acto conmemorativo de la independencia, en el curso del cual pronunciaron discursos el embajador de Guinea, Sori Kaba, y el miembro del Presidium del Comité Central del Partido Comunista, Mujitdinov.

El embajador manifestó que el pueblo de su país está completamente decidido a lucha por la liberación del continente africano del imperialismo y colonialismo. El pueblo de Guinea no se considera satisfecho y completamente liberado de la dependencia extranjera mientras en Africa existan colonias. Sori Kaba subrayó que el pueblo de Guinea asegurará un apoyo completo e incondicional a la lucha heroica contra el colonialismo en Argelia, Congo, Angola Africa del Sur y en todas las partes donde todavía el imperialismo mantiene sojuzgados a millones de hombres. Mujitdinov contestó declarando que ahora está de actualidad el problema de la liquidación de los últimos focos de la esclavitud colonial en Africa y de su liberación completa. Sin embargo, añadió, la realización de estos objetivos exigirán no pocos esfuerzos. Recordando el memorándum del Gobierno soviético, que proponía declarar el año 1962 como año de la liquidación definitiva del colonialismo, Mujitdinov subrayó que si todos los Estados y pueblos amantes de la paz se unen para romper la resistencia de los colonialistas, entonces esta gran tarea histórica será cumplida sin duda alguna.

Nada parecía indicar un cambio en el panorama de estrecha cooperación ruso-guineana. Pero no cabe olvidar que desde agosto las medidas de Seku Ture habían recrudecido la oposición interna a su dictadura. La atmósfera había llegado a tal grado explosivo que Ture no se atrevió a ausentarse del país para concurrir a la Conferencia de países neutralistas que se reunió en Belgrado en el mes de septiembre, y envió como jefe de la Delegación a Lansa. Pero lo más grave es que se vió claramente que algún sector de la oposición contaba con el apoyo del embajador soviético. Aun no contando con pruebas definitivas, Seku Ture, viéndose amenazado en su poder personal, había formulado críticas que habían sido mal acogidas en Moscú. Se justificaba, por lo tanto, que a la Embajada de Guinea en Moscú no asistieran las más altas autoridades de la Unión Soviética. El mes de noviembre se agudizó la tensión, cuando el día 20 se comunicaba en Conakry que doce personas, entre las que figuraba una mujer, de la Junta directiva del Sindicato de la Enseñanza de Guinea habían sido llevados ante el Tribunal Supremo por haber realizado actos subversivos. El comunicado de la oficina política nacional del Partido Democrático de Guinea declaraba a este res-

pecto: «Esta decisión ha sido tomada para poner fin a las actividades subversivas antirrevolucionarias de los que han querido servirse del Sindicato como trampolín para atentar contra la unidad nacional.»

Los responsables del Sindicato de Enseñanza fueron condenados a diez y cinco años de prisión. Al ser conocida la noticia, los estudiantes de Conakry se declararon en huelga como protesta por tales condenas y realizaron manifestaciones. Ante los incidentes, y para evitar choques sangrientos, muy posibles, dada la amplitud del movimiento huelguístico y la exasperación estudiantil, el día 26 el Gobierno y la oficina política del Partido Democrático decidieron el cierre de los establecimientos escolares hasta nueva orden, mientras gendarmes con cascos y armados controlaban los centros de enseñanza. Pese a las medidas adoptadas, la rebeldía llegó a tomar formas violentas. El 29 de noviembre la radio de Conakry anunciaba que jóvenes armados principalmente de bombas han sido batidos por destacamentos leales al Gobierno cuando los primeros trataban de llevar a cabo un ataque contra la capital. Precisaba que en los combates habían intervenido 10.000 jóvenes de organizaciones leales al Gobierno. Al propio tiempo un comunicado gubernamental daba cuenta de los disturbios producidos, calificándolos de «actividades subversivas y contrarrevolucionarias, instigadas por agentes del imperialismo», y añadiendo que «fueron responsables elementos extranjeros».

A consecuencia de estas acusaciones, el embajador soviético, Daniel Solod, fué declarado persona no grata en Guinea y se le invitó a abandonar el país «por razones personales», en el plazo máximo de veinticuatro horas. El embajador tuvo que emprender el viaje sin poder poner a su sustituto al corriente de los más urgentes asuntos pendientes de la representación diplomática soviética.

En realidad, en este sonado incidente han concurrido dos factores trascendentales. De una parte, la intervención del embajador Solod en la política interna de Guinea. La dinámica personalidad de Solod se muestra tras de algunos señalados fracasos de Moscú en el continente africano. Había desempeñado, hace algunos años, el puesto de embajador en El Cairo y su presencia coincidió con el auge de la influencia soviética en Oriente Medio. La actividad de Solod terminó desembocando en un repentino enfriamiento y subsiguiente tirantéz en las relaciones de ambos países. Ese mismo celo excesivo ha causado el incidente de Conakry. Junto a este factor debe sumarse el de la actividad de la China Popular, rival de la U. R. S. S. en Africa, que ha logrado conquistar en Guinea la máxima influencia mediante la concesión de importantes créditos y ayuda técnica en escala considerable.

Con la determinación de expulsar a Solod, la tensión ruso-guineana llegaba a un alto grado. Para la Unión Soviética representaba un fracaso que Guinea, el país al que Moscú había discernido la mayor atención y que había presentado ante el mundo como ejemplo de nación «progresiva», denunciase que la U. R. S. S. tramaba complots para privarle de la independencia que la antigua metrópoli «imperialista» le había concedido sin ningún esfuerzo. Las repercusiones de una acusación de tal calibre no dejaría de tener lamentables ecos para el prestigio soviético en el continente africano, cuyas naciones jóvenes se muestran harto susceptibles y recelan de cualquier acto que interpreten como atentado a su soberanía. La expulsión del embajador soviético en Guinea—el más prosoviético de los nuevos Estados africanos—representa, después de la expulsión por Mobutu del embajador soviético en el Congo, un grave daño a la política moscovita en el Africa negra. Debido a la especial significación de Seku Ture, el revés tenía que encajarse en silencio. ¿Cómo se iba a acusar de fascista, reaccionario o agente del capitalismo al líder al que Moscú había concedido el Premio Lenin y a quien se había recibido con los máximos honores en la capital soviética? Pero siendo de por sí grave el fracaso sufrido, lo era más porque Moscú corría el peligro de perder en Africa su mejor plataforma para la penetración política e ideológica. Guinea era la principal base de operaciones del movimiento comunista en Africa.

En este grave asunto no podemos dejar de reconocer una singular circunstancia: la circunspección demostrada por ambas partes. Guinea actuó enérgicamente, pero evitó cuidadosamente desencadenar una campaña propagandística de altos vuelos similar a la que, indudablemente, hubiese realizado si los actos inamistosos los hubiese cometido una potencia «imperialista». Así, en la declaración que hizo Seku Ture el 23 de noviembre anunció, cautelosamente, que había sido descubierta «una conjura preparada por Embajadas extranjeras» para utilizar el movimiento sindicalista con miras a su enfrentamiento con el Partido Democrático que gobierna la República. Evitó cuidadosamente mencionar el nombre del país afectado y tampoco a la expulsión de Solod dió una gran publicidad.

Estos antecedentes demuestran, sin lugar a dudas, que Seku Ture deseaba corregir el desmán, evitar nuevas acciones conducentes a su derrocamiento personal, pero en forma alguna cortar sus potentes vínculos con la U. R. S. S. En parte, la explicación reside en la generosidad con que Moscú sufraga los gastos de las centrales industriales que se construyen en Guinea bajo el plan trienal que quedarían en simple proyecto en caso de ruptura total. Mo-

vido por estas razones, sin airear demasiado el incidente, pero con el firme propósito de evitar cualquier reincidencia soviética, Seku Ture envió a Moscú urgentemente al subsecretario de Asuntos Exteriores, Alpha Diallo. En la entrevista que Diallo mantuvo con Jruschov el 18 de diciembre, advirtió al jefe del Gobierno soviético que de persistir en su intromisión en los asuntos internos guineanos se procedería a una ruptura total de las relaciones diplomáticas. En esta entrevista se acordó también que marcharía el viceprimer ministro de la U. R. S. S., Anastas Mikoyan, a Conakry para entrevistarse con Seku Ture, por invitación del Gobierno de Guinea, y zanjar el pleito que Jruschov, «amistoso y cordial», deploró extraordinariamente. El hecho de haber elegido a tan alta personalidad, cual Mikoyan, para esta misión, refleja la importancia que Moscú concede a sus relaciones con la República de Guinea y la alarma causada en el Kremlin por el empeoramiento de las «tradicionales» buenas relaciones entre ambos países.

De tal forma, respondiendo a la «amistosa invitación», según el lenguaje del comunicado oficial, del presidente Seku Ture, el 5 de enero de 1962 llegaba a Conakry, a bordo de un avión «Ilyuchin», Anastas Mikoyan. El motivo oficial de este viaje fué el de «discutir todos los asuntos relacionados con el fortalecimiento de la cooperación entre los dos países». En el fondo se trataba de puntualizar el estado de las relaciones ruso-guineanas. El aspecto económico de la ayuda técnica se resentía, igualmente, del recelo guineano causado por el descubrimiento de que varios técnicos soviéticos empleados en las minas de diamantes robaban grandes cantidades de ellos, que vendían ilícitamente para su personal provecho.

El 6 de enero fué inaugurada en Conakry la primera exposición comercial e industrial soviética por el presidente Seku Ture y el viceprimer ministro soviético, Mikoyan. En el curso de una alocución pronunciada con este motivo, Seku Ture declaró especialmente, después de rendir homenaje a la ayuda soviética y a los pueblos en otro tiempo colonizados: «Creemos que seguimos los caminos que responden con más exactitud a nuestras condiciones específicas. Es por esto que en repetidas ocasiones hemos afirmado que las revoluciones no se pueden importar ni exportar, sino que son el fruto de la voluntad popular.» Después de felicitarse por la contribución soviética en el esfuerzo económico de Guinea, Seku Ture añadió: «El espíritu de cooperación debe seguir basado en el concepto de la igualdad de los Estados, en la no ingerencia en los asuntos interiores de cada uno de ellos y en la lealtad y la recíproca amistad. Nuestro pueblo renuncia a toda relación basada en la desigualdad.» Con estas palabras, que pronunció Seku Ture

con gran énfasis, al tiempo que miraba a Mikoyan, se refería a la intervención del embajador soviético en Conakry, Solod, en el complot comunista descubierto en Guinea. El hecho de haber sido una dura queja contra el proceder de la U. R. S. S., formulada públicamente y en ocasión tan solemne, aumenta la gravedad del discurso.

Mikoyan acusó el impacto declarando en su intervención que los colonialistas y los imperialistas se esforzaban en calumniar a la Unión Soviética para que los países descolonizados no cooperaran con ella. Y se felicitó de que por primera vez Ghana, Guinea y Mali estuvieran representados en el Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. En conclusión, rindió homenaje al neutralismo de Guinea, «que—dijo—defiende la libertad y la paz» y a las realizaciones de Guinea en tres años de independencia.

Al finalizar su estancia de cinco días como huésped oficial del Gobierno de Guinea, Anastas Mikoyan declaró el 12 de enero que la Unión Soviética ofrecía aumentar su ayuda económica a Guinea sin ánimo de inmiscuirse en sus asuntos internos. El viceprimer ministro soviético rechazó rotundamente las acusaciones guineanas de que la U. R. S. S. había intentado derrocar el régimen de Guinea el pasado mes de noviembre.

Con este significativo incidente se viene a demostrar, una vez más, que el sistema soviético sólo actúa para favorecer sus propios intereses. Su pretendida ayuda incondicional a los pueblos subdesarrollados tiene como objetivo introducirse en los mismos, a través de sus técnicos y diplomáticos, para provocar el derrocamiento de los Gobiernos vacilantes e instaurar un régimen de ciega obediencia al Kremlin. Las ambigüedades de un Seku Ture, aun siendo también servidor de Moscú, no merecen consideración. La URSS aspira a colocar en cada uno de esos países un obediente instrumento de su política particular.

JULIO COLA ALBERICH.